



ELVO Editorial · Narrativa
info@elvoeditorial.com
www.elvoeditorial.com

Primera edición: junio, 2026.

© Javier Martín Betanzos.
© ELVO Editorial.
© de la fotografía de solapa: Javier Martín Betanzos.
© diseño cubierta y maquetación: Daniel Moscugat.
Todos los Derechos Reservados.

Dep. Legal: MA 1007-2026
ISBN: 979-13-992219-2-3



Gracias por comprar la edición autorizada de este libro. Por favor, no escanee, reproduzca, distribuya o fotocopie ninguna parte del mismo sin permiso de la editorial. De este modo estará respaldando a los autores y permitirá que editoriales independientes, como la nuestra, continúen publicando libros como el que tiene en sus manos. Si necesita fotocopiar, distribuir, reproducir o escanear partes de este libro, dirijase a CEDRO.

Queda prohibida, por tanto, la distribución, reproducción total o parcial, transformación o comunicación pública por cualquier vía sin contar con la autorización previa de los titulares del copyright, salvo los previstos por la ley.

REHÉN DE SÍ MISMO

Hallazgo y mito de Constantino I

Javier Martín Betanzos

*A los navegantes del tiempo pretérito,
a quienes deshojan los enigmas del
mundo, a los artesanos que dan nueva
vida al mito y a las leyendas.*

*A las almas que coronan la cumbre
de la luz sagrada, a los que alimentan las
sombras del misterio y a aquellos otros
que nunca desmayan buscando la verdad.*

PRÓLOGO

ESTA NOVELA QUE tienes en tus manos aborda una cuestión histórica de enorme interés: la distancia entre el Constantino real y el Constantino construido por la propaganda imperial y la tradición eclesiástica. Además, el título *Rehén de sí mismo* intuye, creemos, una dimensión psicológica que puede diferenciar la novela de otras obras centradas únicamente en los acontecimientos políticos o militares.

El sustento argumental se construye sobre tres pilares:

La conquista del poder: la destrucción progresiva de la tetrarquía.

La construcción del mito: visiones, símbolos, monedas, arquitectura, ceremonias, leyes y relatos oficiales que transforman a Constantino en un gobernante providencial.

El precio personal del poder: la relación con Crispo, Fausta, Helena y sus colaboradores más cercanos, que culmina en la paradoja de un hombre que logra dominar el Imperio, pero pierde la capacidad de confiar en quienes lo rodean.

Esa triple perspectiva creemos que encaja con el subtítulo *Hallazgo y mito de Constantino I*, porque permite mostrar simultáneamente al personaje histórico, al propagandista de sí mismo, a la visión de los panegiristas y hagiógrafos y a la figura legendaria que heredó la posteridad.

El período comprendido entre la muerte de Constancio Cloro y el Primer Concilio de Nicea ofrece algunos de los episodios más dramáticos, complejos y decisivos de toda la historia romana, y constituye un excelente marco para comprender la historia posterior.

La dificultad para comprender al personaje reside precisamente en la superposición de historia y leyenda. Los cronistas cristianos lo presentaron como un elegido de Dios. Sus adversarios paganos lo describieron como un tirano ambicioso. Los historiadores modernos continúan discutiendo hasta qué punto sus convicciones religiosas fueron sinceras o estuvieron subordinadas a sus objetivos políticos.

Esta novela no pretende dictar sentencia. Su propósito es reconstruir al hombre que existió detrás del mito: el militar formado en las fronteras del Imperio, el político capaz de destruir la tetarquía, el gobernante que comprendió la importancia de la religión como factor de unidad y el padre que ordenó la muerte de personas cercanas cuando creyó amenazada su posición.

Entre los hechos comprobados y los silencios de las fuentes se desarrolla una historia donde el poder absoluto transforma tanto al mundo como a quien lo ejerce.

Como toda novela histórica, el texto combina hechos documentados con reconstrucciones plausibles destinadas a llenar los vacíos existentes en las fuentes. Los diálogos, pensamientos y numerosas escenas privadas pertenecen al terreno de la ficción, aunque se han construido respetando el contexto político, social y cultural de la época.

La intención de la obra no es juzgar a Constantino desde criterios contemporáneos, sino comprender las circunstancias que moldearon a uno de los personajes más influyentes de la historia universal.

Javier Martín Betanzos

Sic transit gloria mundi.

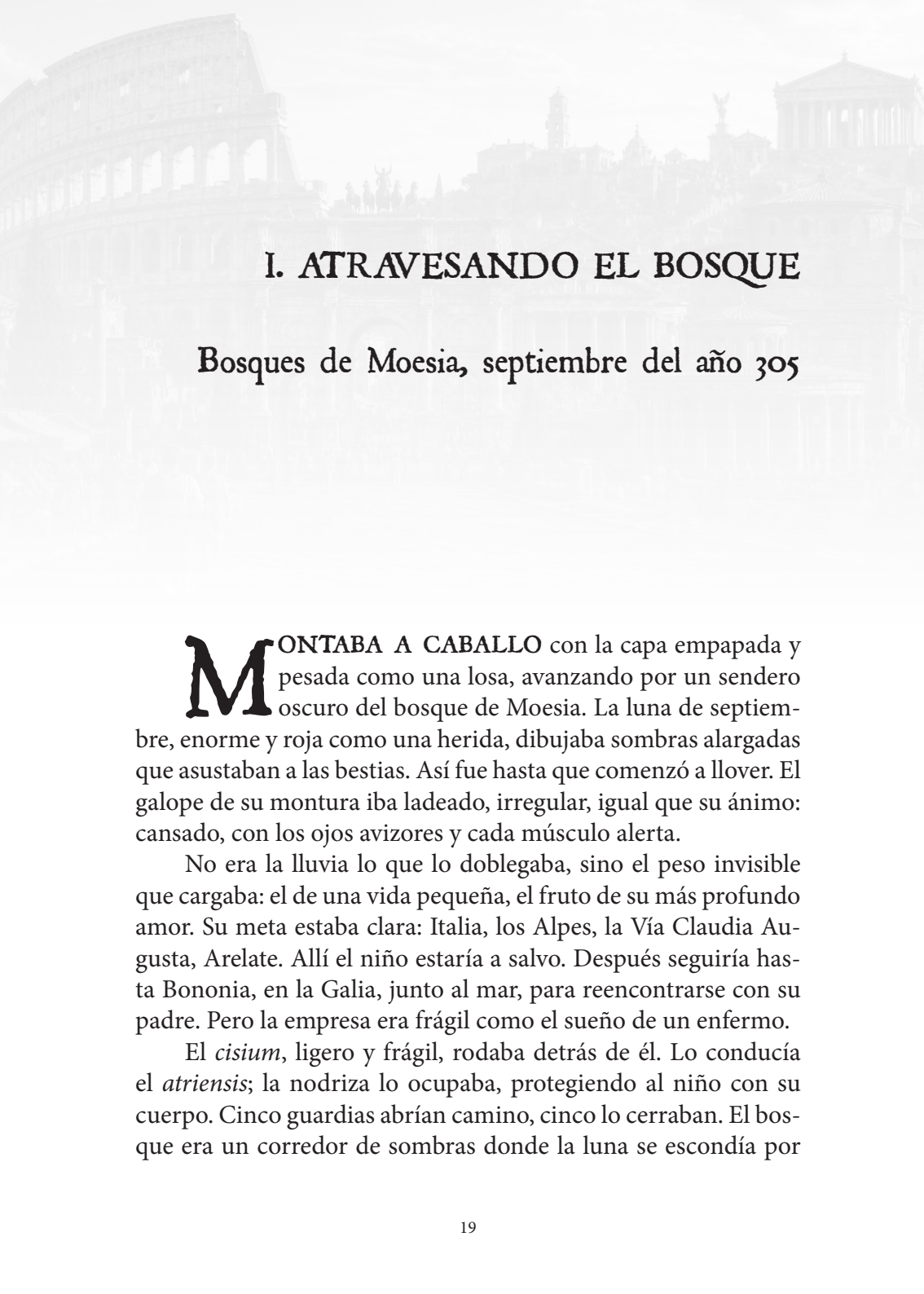
Thomas van Kempen

Radix Omnium Malorum Avaritia est.

San Pablo, Primera epístola a Timoteo 6:10

*Porque todo en este mundo está perdonado de antemano, y
por tanto, todo cínicamente permitido.*

Milan Kundera



I. ATRAVESANDO EL BOSQUE

Bosques de Moesia, septiembre del año 305

MONTABA A CABALLO con la capa empapada y pesada como una losa, avanzando por un sendero oscuro del bosque de Moesia. La luna de septiembre, enorme y roja como una herida, dibujaba sombras alargadas que asustaban a las bestias. Así fue hasta que comenzó a llover. El galope de su montura iba ladeado, irregular, igual que su ánimo: cansado, con los ojos avizores y cada músculo alerta.

No era la lluvia lo que lo doblegaba, sino el peso invisible que cargaba: el de una vida pequeña, el fruto de su más profundo amor. Su meta estaba clara: Italia, los Alpes, la Vía Claudia Augusta, Arelate. Allí el niño estaría a salvo. Después seguiría hasta Bononia, en la Galia, junto al mar, para reencontrarse con su padre. Pero la empresa era frágil como el sueño de un enfermo.

El *cisium*, ligero y frágil, rodaba detrás de él. Lo conducía el *atriensis*; la nodriza lo ocupaba, protegiendo al niño con su cuerpo. Cinco guardias abrían camino, cinco lo cerraban. El bosque era un corredor de sombras donde la luna se escondía por

momentos bajo nubes bajas y grises, y el aire convertido en agua entraba en sus pulmones con dificultad.

—Oigo caballos —murmuró Constantino, clavando la mirada en el viejo decurión que cabalgaba a su lado—. Este es el único camino. No lo recorreremos solos.

—*Domine*, yo no escucho nada. Quizás... estamos demasiado nerviosos. ¿Quiere que paremos?

—¿Parar? ¿Dónde? ¿En mitad de ningún sitio? Eso sería condenarnos.

—Lo decía por Crispo. Un cuerpo tan diminuto necesita descanso...

Las palabras quedaron colgando en el aire húmedo. De pronto, la lluvia cesó, y la luna se elevó de golpe, pálida, solitaria, cómplice. El silencio fue roto por un galope precipitado: cuatro jinetes atravesaron el sendero junto a ellos. No saludaron ni hicieron ningún ademán; solo echaron un vistazo de reojo. Constantino contuvo la respiración; solo cuando se perdieron en la espesura advirtió que llevaban gorros panonios y no cascos.

Su corazón volvió a latir con violencia.

—¿Ves? Todo acaba pasando —dijo, casi para convencerse—. Pero no bajaremos el ritmo. Reventaremos los caballos si es preciso.

El bosque siguió engulléndolos. Ni un rayo de luna llegaba al suelo. Constantino giraba constantemente la cabeza hacia atrás. Una rama quebrada, un crujido en la fronda, y el presentimiento de que los hombres de Galerio ya iban tras ellos lo mantenían en vilo.

La nodriza temblaba. La mujer apenas sostenía al niño, y, sin embargo, era la única relativamente seca: su manto los protegía a ambos. Constantino la observó con un destello de compasión. Por un instante, dudó del éxito de la empresa.

—El pequeño Crispo no aguanta más, *domine*. No puedo calmarlo.

—¡Baja la voz! —susurró con severidad—. El silencio es ahora nuestra mejor armadura.

Pero uno de los soldados que iba detrás, muy nervioso, exclamó demasiado alto:

—¡Estos bosques están infestados de bandidos y fieras, además de los hombres de Galerio!

Los ecos se multiplicaron entre los troncos. Constantino lo miró con ira.

—¡No lo entendéis! Solo habrá refugio cuando crucemos a la Galia. Allí mi padre reina. Allí el puerco de Galerio no nos alcanzará.

Llevaban ya dieciocho días de huida. Constantino conocía cada recodo de aquellas tierras; los había recorrido de niño. Esa familiaridad era ahora su esperanza: Galerio no podría atraparlo en un terreno que no conocía como él. Y, aun así, el miedo lo inquietaba.

Retrocedió hasta el carro, destapó suavemente la cabeza del niño y le acarició el rostro húmedo. El contacto de la piel diminuta le devolvió momentáneamente la fe.

Avanzaron sin detenerse, salvo en claros del bosque para lo estrictamente necesario: comer, descargar el cuerpo, amamantar al niño. La fatiga mordía a hombres y bestias. Su resolución era la única muralla entre Crispo y la muerte. Y la voluntad de su padre se mantenía férrea.

El viento nocturno se llenaba de aullidos. A veces eran lobos, otras solo la madera crujiendo, pero para Constantino todo ruido era un presagio. Temía lo que no podía prever, lo que escapaba a su control.

La escolta, leal hasta la última gota de sangre, le inspiraba confianza. Sabía que morirían por él y por Crispo sin dudarlo.

Lo que lo intranquilizaba no eran sus soldados, ni siquiera los bandidos, sino la pequeñez del niño bajo aquel cielo de tormenta sufriendo un viaje duro e incierto, alimentado a duras penas bajo el manto frío de la nodriza.

La luna, que antes había sido roja y amenazante, ahora parecía un ojo blanquecino vigilando su marcha. Constantino susurró para sí mismo:

—Hice bien en no posponer la huida.

En el palacio, mientras tanto, Galerio despertaba de una borrachera pestilente. El vino todavía le nublaba la vista. Cuando preguntó por Constantino y supo que había huido con Crispo, la furia le recorrió las venas, corroyéndolas como si fuese ácido. Lo habían burlado. Y en su interior nació un temor que no confesaba: aquel joven podía ser proclamado por sus ejércitos, del mismo modo que él lo había sido.

El camino hasta Arelate estuvo lleno de obstáculos: postas saqueadas, caballos agotados hasta la muerte, abusos de los funcionarios locales. Constantino, con frialdad, eliminaba las monturas usadas para que nadie pudiera reutilizarlas en una persecución o porque, en algunos casos, era un acto piadoso; los caballos estaban reventados o se habían partido alguna pata.

Allí dejó, por fin, a Crispo a salvo. La sombra del peligro se retiraba un poco al entrar en territorio menos hostil, aunque no del todo. Su padre lo esperaba impaciente en Bononia, debilitado y enfermo. Constantino reemprendió el viaje con cierta ilusión.

Cuando lo encontró, Constantino se levantó del lecho torpemente. Cogió una copa con la que esperaba brindar por el reencontro. La dejó caer al suelo sin fuerzas y esta se hizo añicos. Su pecho ardía, como mordido por una serpiente invisible. Y, aun así, lo abrazó con el ímpetu de un padre que siente que ha perdido demasiado tiempo.

—Dame un fuerte abrazo, hijo mío. Tendré que ofrendar a los dioses por este regalo.

La conversación se volvió solemne. Constancio, entrecortado por el dolor, le habló del Imperio, de la fragilidad de la tetrarquía, de la corrupción que corroía a Roma desde dentro. Constantino, tomando su mano, sintió el peso de una herencia que no podía rehuir, pero que tenía la certeza de que iba a ser una pesada carga.

Poco después, en Caledonia, la enfermedad lo derribó definitivamente, después de luchar hasta la extenuación contra los indomables pictos.

La tienda del *augustus* estaba colmada por el silencio grave de los presagios. Constancio Cloro, ya fatigado por la fiebre y la batalla interna de la sangre que se le extinguía, pidió que acudiera su hijo. Constantino entró, con el peso del porvenir en los hombros, y, al verlo, los ojos del padre se iluminaron con el último resplandor de una aurora que ya se apagaba.

—Hijo mío —susurró Constancio con la voz quebrada—, el cuerpo me abandona, pero mi espíritu no se resigna a desvanecerse sin entregarte la herencia del mando. La vida se me escapa como río que rompe diques, y en ese torrente veo la necesidad de que tu destino se aclare.

Le tomó la mano, firme como si aún fuera el soldado que había desafiado mares y glaciares, y le habló con el peso solemne de quien lega no unas posesiones, sino un mandato sagrado:

—Sé sabio, Constantino. No basta la espada, ni la lanza, ni el clamor de los ejércitos. El mundo se gobierna con astucia y con paciencia. Los hombres aclamarán tu nombre si les das la seguridad de tu justicia, pero temerán tu sombra si dejas entrever duda o vacilación. Proclámate emperador con la voz del pueblo y la fuerza de los soldados que están ahí acampados, y nadie podrá arrebatarle lo que yo ya reconozco en ti: la corona del Imperio. Y

recuerda siempre: todo esto vale más que una dinastía o que un legado que puede ser puesto en duda.

La respiración del enfermo se hizo lenta, como el ocaso que se despide de las montañas. En sus labios quedó un temblor, entre bendición y profecía. Constantino inclinó la cabeza, y en ese instante la sucesión se selló no con decretos ni con sangre, sino con la palabra postrera de un padre que moría viendo en su hijo el porvenir de Roma.

En Eboracum, entre soldados victoriosos, animados por la momentánea contención de los pictos, Constancio exhaló su último aliento, confiando a su hijo no solo el nombre, sino la misión de un destino y una obligación que se antojaba ineludible.

«Haz que te proclamen con la máxima dignidad. Es el momento propicio. No lo desaproveches, aunque tus enemigos te estarán vigilando». Constantino recordó esas palabras durante mucho tiempo. Sintió, con la muerte de su padre, una orfandad amarga y una llamada poderosa. A partir de estos momentos cabalgó sin tregua hasta el horizonte, todavía distante.

El campamento enmudeció. Entonces, un decurión, que lo vio salir del *praetorium*, gritó:

—¡Mirad! ¡Es Constantino!

El ejército, como un solo cuerpo, lo rodeó. Chrocus, el fiel lugarteniente del emperador, tomó la toga de Constancio y la colocó sobre los hombros de su hijo. Las espadas se alzaron hacia el cielo en un movimiento repetitivo al tiempo que gritaban, brillando como rayos en juramento.

—¡Salve, *augustus*!

El eco resonó tres veces en la colina, y en ese instante nació algo más grande que un hombre: el destino de Constantino, el que cambiaría para siempre el curso de Roma.

La misma jornada en que Constancio expiró, las tropas, con la espada aún húmeda de lágrimas y juramentos, alzaron a Cons-

tantino como *augustus*. Él lo comprendió en el acto: el camino hacia el poder apenas comenzaba y lo hacía sobre un suelo inestable, pues aquel nombramiento era, en rigor, un acto ilegal. Britania y Galia lo aceptaron sin resistencia, pero Hispania le cerró sus puertas. El colegio tetrárquico no había previsto semejante salto: había pasado de hijo de *augustus* a *augustus* mismo, sin transitar la menos elevada antesala de *caesar*, dignidad reservada a Severo en Roma.

Su única credencial era la voluntad agónica de Constancio, que en su lecho de muerte había recomendado a sus hombres al hijo que lo acompañaba. La sangre, pensaba Constantino, debía bastar. Pero, en el fondo, sabía que no era así. Galerio, con su astucia fría, lo toleró apenas unos meses, rebajándolo a *caesar* y negándole el título que sus tropas habían gritado entre las colinas de Britania. En este gesto ya se presagiaban una inevitable sucesión de luchas y tempestades.

En las vigiliass, Constantino reconocía la verdad que otros le recordaban con saña: su ascenso podía verse como una usurpación, una apropiación sin legitimidad. Él, sin embargo, se convencía de lo contrario: lo revestía de una pátina dinástica, aunque endeble, fundada solo en la prisa de acudir al lado de su padre moribundo. Sus detractores lo herían con otro dardo: era hijo de Helena, una *stabularia*, repudiada, y no de Teodora, la hijastra de Maximiano. No era, pues, de linaje incontestable como sus medio hermanos. Consciente de esas grietas, comprendía que su único escudo debía ser la determinación y el hierro de su ambición.

Las noches eran para él una tortura. Mientras estaba en duermevela, la sombra de Minervina lo asaltaba. «¡Minervina, dulce Minervina! ¿Qué haré sin ti?». El eco de su voz se mezclaba con susurros de amor y recriminaciones. Había soportado sus ausencias, le había dado a Crispo, primogénito destinado al

poder, y, sin embargo, la muerte se la llevó. Constantino ardía en contradicciones: recordaba su cuerpo juvenil, las noches de locura, los absurdos consejos de un médico griego que lo privó de su placer por temor a que el vigor masculino se debilitara con el exceso. Lo maldecía, lo llamaba imbécil. Pero lo que más lo hería era la certeza de que aquel mismo hombre dejó escapar la vida de Minervina en el parto y él se vio perdido.

No quería pensar en ello, pero la sonrisa de ella lo invadía. Los rumores que la vinculaban a la prostitución o la rebajaban a la mera condición de concubina lo enfurecían. «¡Cobardes!», rugía para sí. «Mi padre nos bendijo. Yo la amé. ¿Qué absurdo intercambio fue aquel, que una vida acabara para que otra comenzara?». Entre desgracias y pérdidas, Crispo sobrevivió, y Constantino estaba convencido de que aquel niño gobernaría el mundo. El duelo por Minervina se transmutó en una determinante y feroz resolución: nunca más se sometería.

Aun así, se sentía fuera del círculo de los tetrarcas, aislado, vigilado. La idea de ser emperador lo deslumbraba y lo aterraba por igual. Su mente era un torbellino.

En el *praetorium*, entre tablillas y sellos, lo interrumpió su fiel general alamán Chrocus. La urgencia se reflejaba en su rostro.

—Chrocus —dijo Constantino con voz grave—. He decidido enviar un retrato mío a Galerio. Debes llevarlo tú o un hombre de tu confianza. Es la señal de mi determinación de acceder al poder con todas las consecuencias.

—Mi emperador, los caminos son inciertos, acechados por enemigos. ¿Por qué arriesgar la vida por un retrato? ¿Qué significa realmente?

—No es mi rostro lo que verá Galerio. Verá una candidatura. Verá nuestra causa. La imagen es símbolo y los símbolos son armas. —Chrocus bajó la cabeza, comprendiendo.

—Entonces viajará. Ningún obstáculo impedirá que Galerio lo contemple.

—Recuerda —añadió Constantino, con fuego en los ojos—, no es un retrato lo que llevas. Es el futuro del Imperio. Este acto es nuestra más firme decisión de seguir adelante.

La muerte de Minervina había roto su universo, pero al mismo tiempo lo había endurecido. Desde entonces, cada paso era un riesgo, cada gesto una estrategia. Se volvía zorro en política y león en la batalla. Y siempre, siempre, Crispo como acicate: no acumulaba poder por sí, sino por la gloria que su hijo habría de heredar.

El destino no tardó en mover sus piezas. Apenas el emisario de Chrocus llegó a Roma, Majencio, hijo de Maximiano, se proclamó emperador con el respaldo unánime de la guardia pretoriana. El *praefectus* de la ciudad fue eliminado. Roma ardía en una pira de intrigas y maniobras políticas. En el Occidente, cuatro emperadores se disputaban el poder: Constantino, el autoproclamado; Severo, el augusto legal; Majencio, el usurpador romano; y el propio Maximiano, resucitado de su retiro.

La voracidad de Majencio se volvió opresiva: obras faraónicas, tributos desmesurados, el Senado humillado y numerosas revueltas ahogadas con la sangre del pueblo y de los rivales políticos. África se alineó con él, pero su soberbia lo cegaba. Era tal su obnubilación que no vio en Constantino un enemigo real.

Mientras tanto, Constantino seguía otro camino: decretó el fin de las persecuciones a los cristianos en sus territorios, restituyó bienes y se presentó como protector de los perseguidos. Sus actos eran mensajes: él era un igual de Galerio, él era heredero de un derecho que no podía negársele. Y Crispo, su hijo, que él proclamaba legítimo en todas las ocasiones, era parte de ese relato sin ninguna duda.

El azar le regaló pronto su primera victoria: los francos, derrotados, fueron arrojados más allá del Rin. Dos cabecillas fueron capturados y devorados en el anfiteatro de Tréveris, entre rugidos de bestias y vítores de soldados. El pueblo celebraba, las murallas se reforzaban, un palacio imperial comenzaba a erigirse en esa ciudad con salas solemnes, termas y torres orgullosas. La Galia entera sintió el ímpetu de su energía constructora.

Pero no todos miraban con respeto. Cuando el retrato enviado por Constantino llegó a Roma, Majencio lo recibió con desprecio y se rio del remitente.

—¿Quién se cree este hijo de la gran ramera? —bramó, haciendo reír a sus cortesanos.

El emisario tragó saliva, humillado, pero siguió su camino hacia Galerio, cargando no solo un retrato, sino el insulto que encendía más aún la ambición de Constantino.

El tablero se ensuciaba de sangre y traiciones: Severo, enviado contra Majencio, fue traicionado por sus propias legiones y ejecutado. Maximiano salió del retiro y ofreció a su hija, Fausta, a Constantino como precio y prenda de una alianza. El hijo de Constancio aceptó, aunque el recuerdo de Minervina ardía aún en su corazón. Comprendía que tendría que tomar decisiones que no serían de su agrado.

Fausta era joven, de ojos almendrados y caminar provocador. Una adolescente que sabía imponerse con la elegancia de una mujer formada para la corte.

Maximiano acudió al encuentro acompañado de su hija. Ella, aun en la juventud de sus dieciocho años menos que Constantino, irradiaba una serenidad aprendida: había sido instruida para sonreír en el momento preciso, para sostener la mirada con firmeza y para parecer resuelta incluso en medio de las intrigas imperiales. Su porte era digno, su estatura proporcionada. Sus ojos, enormes y prominentes, quizá en exceso, revelaban una

audacia inesperada bajo aquella apariencia de docilidad. Pero, a pesar de la prestancia de Fausta, Constantino no podía evitar que en su memoria se alzara la imagen de Minervina: su rostro ovalado, de belleza sincera y delicada, cuyo recuerdo se interponía como una sombra entre él y aquella nueva alianza.

Sabía, sin embargo, que no era tiempo de nostalgias. La política se imponía sobre los afectos: había que preservar los derechos de cada cual para evitar que la ambición desencadenara la guerra. Y, en ocasiones, la guerra podía evitarse más fácilmente sobre un *triclinium*, entre vino y manjares, que en el campo de batalla. Allí se decidía quién y qué cedía, quién imponía, quién estaba dispuesto a sacrificar lo que un instante antes había considerado innegociable.

Constantino, que había acudido con desgana, pero consciente de la necesidad, mantenía la compostura de un príncipe acostumbrado a equilibrar firmeza y prudencia. Su fama lo precedía: intrépido en la guerra, afable en la corte y astuto en sus cálculos. Pero bajo esa apariencia controlada latía la ambición, una fuerza que le había permitido sobrevivir a las asechanzas de Galerio y que lo empujaba ahora a tomar la iniciativa en todo.

Maximiano rompió el silencio con solemnidad:

—Constantino, me honra presentarte a mi hija, Fausta. Es una joven de singular valía. Juntos podríais forjar un vínculo poderoso.

El futuro emperador inclinó la cabeza con cortesía.

—Es un gran honor conocerte, Fausta. Se habla mucho de tu inteligencia y tu belleza. ¿Qué opinión tienes del destino que te aguarda como esposa de un emperador?

Fausta sostuvo su mirada sin vacilar.

—Seré complaciente contigo y te daré muchos hijos —replicó con una franqueza que descolocó a Constantino.

Él arqueó las cejas, incómodo.

—¿Ignoras que ya tengo un hijo?

—No lo ignoro. Pero los que nazcan de nosotros llevarán en sus venas sangre imperial en su totalidad. Nadie podrá tacharlos de ilegítimos, ni insinuar impurezas.

La respuesta le heló la sangre. Constantino sintió un malestar que se reflejó en su rostro, mas antes de que le diera tiempo a responder, Fausta añadió con un gesto impecable:

—Gracias, Constantino. Sé que la vida en la corte es tanto un privilegio como una carga. Sería un honor acompañarte en tus triunfos, con la dignidad que se espera de mí.

Maximiano, con gravedad, intervino:

—Pocos son dignos de la nobleza de Fausta. Espero que tomes este compromiso con la seriedad que corresponde.

El emperador no pudo contenerse. Su voz se tornó firme, casi acerada:

—Ni es el momento de discutirlo ni es asunto de tu hija juzgar la legitimidad de mis decisiones. Este pacto es político, y corresponde a los hombres trazar sus consecuencias. No toleraré que se ponga en duda el honor de Minervina ni la legitimidad de mi hijo. Si llegamos a un acuerdo, será sobre ese respeto inquebrantable.

Fausta, lejos de arredrarse, inclinó la cabeza con una calma sorprendente.

—No he querido incomodarte, señor. Si me lo permites, terminaré de criar a tu hijo. Estoy dispuesta a aceptar ese desafío. Confío en que juntos construiremos un futuro digno de nuestras familias y del Imperio.

Sonrió levemente, tomó el brazo de su padre y se retiró sin esperar respuesta.

Constantino la siguió con la mirada, aún perturbado.

—¿No eres muy joven para tal carga? —murmuró, casi para sí—. Apenas te llevas unos años con él.

Fausta se volvió un instante. Su sonrisa seguía intacta, pero sus labios permanecieron sellados. Y en aquel silencio, Constantino comprendió que, pese a su juventud, la hija de Maximiano había logrado impresionarlo más de lo que quería admitir.

La aceptó, pero la sombra de Minervina lo acompañaba en cada gesto, en cada comparación. La boda, celebrada en el templo de Júpiter Capitolino, se envolvió en la pompa solemne de los sacrificios. Fausta ofrecía altiva su juventud y su linaje; Constantino ofrecía su ambición y, quizás, el futuro destino de Roma.

La rueda del poder giraba, y con ella, los dioses parecían contener la respiración.

Maximiano Hercúleo había movido sus fichas con destreza. En la primavera del año 307 veía cumplido, al menos en parte, el plan que con frialdad y paciencia había tramado. Pero en su mente ya no cabía otra obsesión que su hijo Majencio. El fracaso de Galerio en derrotarlo lo había fortalecido; la captura y ejecución de Severo en Tres Tabernas, a pesar de las promesas de perdón, había sido un aviso brutal de su poder.

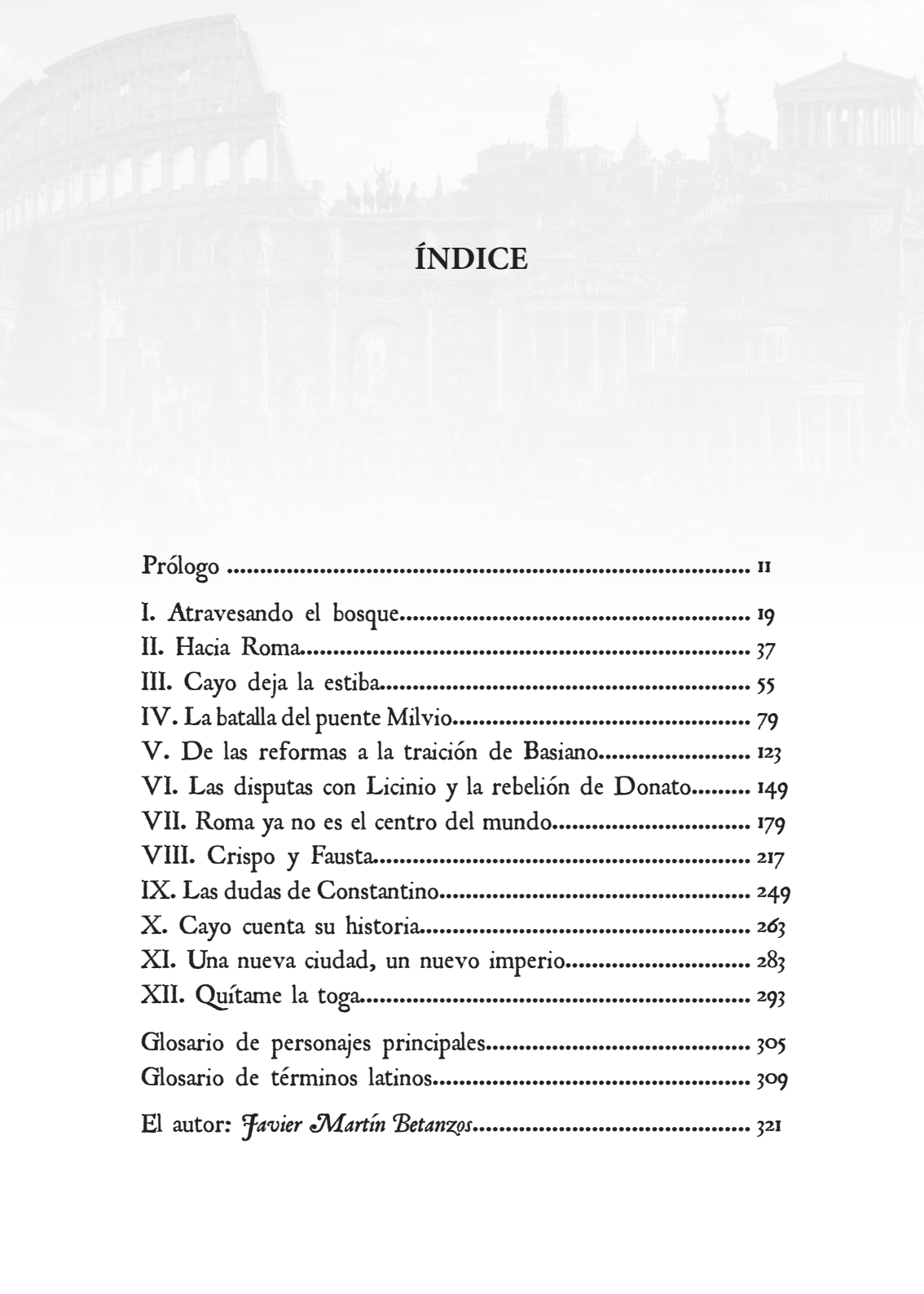
Sin embargo, los hilos de la fortuna no tardaron en enredarse. El añoso Maximiano Hercúleo volvió a Roma en el invierno del año 308, pero las desavenencias con su heredero se volvieron insoportables. Pronto, padre e hijo se miraron como enemigos. Maximiano, altivo, acusaba a Majencio de decadente y tirano, convencido de que los soldados lo seguirían a él, como en los tiempos pasados. Pero la sorpresa fue amarga: las cohortes aclamaron a su hijo, seducidas por la promesa de cuantiosas recompensas. Derrotado, el padre abandonó Italia con la amargura de quien comprende que el ciclo de su poder se había extinguido, y que Roma, la eterna, se deslizaba hacia un ocaso inevitable.

Ese mismo otoño, Carnuntum, en la antigua Panonia, fue testigo de una cumbre de sombras, de los tetrarcas decadentes. Allí se reunieron Galerio, Diocleciano y el propio Maximiano,

REHÉN DE SÍ MISMO

Hallazgo y mito de Constantino I

Javier Martín Betanzos



ÍNDICE

Prólogo	II
I. Atravesando el bosque.....	19
II. Hacia Roma.....	37
III. Cayo deja la estiba.....	55
IV. La batalla del puente Milvio.....	79
V. De las reformas a la traición de Basiano.....	123
VI. Las disputas con Licinio y la rebelión de Donato.....	149
VII. Roma ya no es el centro del mundo.....	179
VIII. Crispo y Fausta.....	217
IX. Las dudas de Constantino.....	249
X. Cayo cuenta su historia.....	263
XI. Una nueva ciudad, un nuevo imperio.....	283
XII. Quítame la toga.....	293
Glosario de personajes principales.....	305
Glosario de términos latinos.....	309
El autor: <i>Favier Martín Betanzos</i>	321

Este libro terminó de imprimirse en Málaga
un 9 de septiembre de 2026
coincidiendo con el natalicio del escritor
Leon Tolstoi
en cuarto menguante.



